



**Antonio
Navarrete:
Tauromaquia
Mexicana.**

Las mujeres toreras, un rico capítulo en la historia de México

Por JOSÉ FRANCISCO COELLO UGALDE

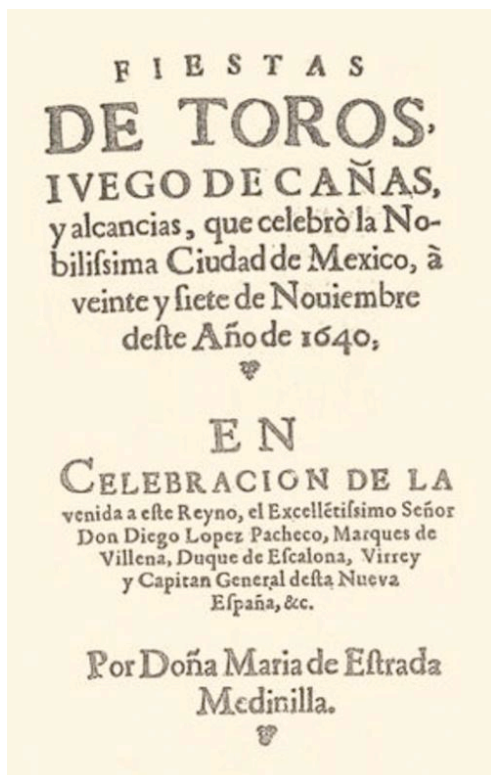
Escrita originalmente como una conferencia, que se pronunció en la localidad de San Miguel de Allende (Guanajuato), con ocasión de la Feria Taurina de Allende Bicentenario, el historiador mexicano José Francisco Coello Ugalde ha elaborado este ensayo, que compartimos con su interesante blog "Aportaciones histórico-taurinas mexicanas".

El toreo es una práctica que, a lo largo de los siglos ha sido controlada, en la mayoría de los casos por el sexo masculino. Detentada también en aras de la cabal demostración de unas capacidades que le son consubstanciales al hombre o que por lo menos el hombre en su carácter de género quiere demostrar a su contrario (si se entiende desde la cerrazón más autoritaria), el enemigo o la mujer, como muestra de superioridad sea para dominarlo o para conquistarla. En el peor de los casos, pero como parte de una cultura que lo ha formado a lo largo de siglos, se presenta como muestra perfecta de un patriarcado; e incluso como figura fálica, machista, que termina controlando, imponiendo la fuerza, la violencia.

Curiosamente, esa figura que impone en el ruedo viste unas prendas próximas a lo sacerdotal, pero también a lo femenino. Por eso es que, observando el panorama considero que a lo largo de siglos y siglos, que parecen, en este caso interminable contabilidad de la desazón, la mujer ha sido objeto de una permanente discriminación, blanco de violencia o agresión física y verbal así como de una intolerancia que raya en el oscurantismo más retrógrado. Y en los toros, no ha sido la excepción. No basta para este razonamiento hacer una revisión a través del pasado. Nuestros días son el más lamentable referente de esa situación. Deseo desde aquí que los hechos en torno a su naturaleza se valoren desde una mejor perspectiva y entonces, como lo estipula la "declaración de los derechos del hombre y del ciudadano" materializada en 1789, no sólo sea el privilegio de los "derechos del hombre" en tanto género; ni los de "la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley y la justicia", sino que abarquen y comprendan, por extensión a la mujer sin más.

El propósito es realizar una mirada histórica que nos permita entender cómo y en qué aspectos se ha involucrado la mujer en los toros. Por eso antes de ocuparme de todas aquellas que han vestido el traje de corto o de luces realizando este riesgoso oficio, quiero hacer notar la presencia de dos autoras virreinales que escriben ciertos textos en torno a la fiesta y que, por las razones de esta plática no puedo ignorarlas. Se trata de María de Estrada Medinilla y Sor Juana Inés de la Cruz.

La primera de ellas escribe un par de textos con motivo de la recepción del entonces décimo séptimo virrey de la Nueva España, quien gobernó del 28 de agosto de 1640 al 10 de junio de 1642. Y me refiero tanto a la a la Relación escrita por DOÑA MARÍA DE ESTRADA MEDINILLA, A una Religiosa monja prima suya. De la feliz entrada en México día de San Agustín, a 28 de Agosto de 1640, la cual escribió en silva libre y ovillejos castellanos como a la Descripción en Octavas Reales de las Fiestas de Toros, Cañas y Alcancías, con que obsequió México a su Virrey el Marqués de Villena (festejos del 27 de noviembre de 1640). Llama la atención el tiempo tan corto que hay entre una y otra, lo cual es muestra de que doña María de Estrada gozaba de una cultura que ese "siglo de oro de las



**Cortesía: Mtro. Dalmacio
Rodríguez Hernández.
UNAM/IIB**

letras" se encargó de desplegar indistintamente; y es que las dos formas poéticas tienen un alto grado de dificultad para ser elaboradas, de ahí su relevancia. Desde luego, esta autora es anterior a Sor Juana y debe merecer justo reconocimiento en las letras mexicanas, pero es tanta la sombra producida por la jerónima, que apenas alcanzamos a conocerle un poco. De la primera obra, se tienen datos de sobra conocidos, pero de la segunda, apenas sabíamos algo de ella; e incluso la dábamos por perdida. Afortunadamente ha aparecido hace poco tiempo en los repositorios de la biblioteca de Austin, Texas, en la Colección "Genaro García". Dicha obra está mereciendo por parte de algunos investigadores una exhaustiva revisión de la que esperamos pronta edición.

En cuanto a Sor Juana Inés de la Cruz, el hallazgo de varios ejercicios poéticos en sus obras completas nos dejan entender a una mujer de su siglo.

Juana de Asbaje y Ramírez de Santillana -Sor Juana Inés de la Cruz- (1651-1695), a los tres años leía y a los seis o siete soñaba con estudiar en la Universidad. A los ocho rimaba una Loa eucarística. Al no poder hallar paz en el mundo "entréme Religiosa porque... para la total negación que tenía al matrimonio, era lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad de mi salvación..."; y aunque habría preferido vivir sola, sin nada que embarazase el sosegado silencio de mis libros..., vencí las impertinencias de mi genio... con el favor divino y la fuerza de la vocación... Su más íntimo y familiar comercio eran los libros, de los que llegó a poseer cuatro mil; y la gloria de sus escritos y su sapiencia - bíblica, teológica, filosófica, humanística, astronómica, y aún pictórica y musical-, llenaban el orbe hispano...

El mejor ejemplo, entre los muchos que encontramos en esa vasta obra, es el siguiente soneto escrito hacia 1685:

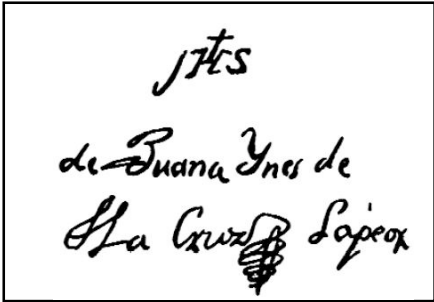
Habiendo muerto un toro, el caballo a un caballero toreador

*El que Hipogrifo de mejor Rugero
ave de Ganímedes más hermoso,
pegaso de Perseo más airoso,
de más dulce arion delfín ligero*

*fue, ya sin vida yace al golpe fiero
de transformado Jove que celoso
los rayos disimula belicoso,
solo en un semicírculo de acero.*

*Rindió el fogoso postrimero aliento
el veloz bruto a impulso soberano:
pero de su dolor, que tuvo, siento*

*más de activo y menos de inhumano,
pues fue de vergonzoso sentimiento
de ser bruto, rigiéndole tal mano.*

A rectangular box containing a handwritten signature in dark ink. The signature is written in a cursive script and reads "JHS de Juana Inés de la Cruz López".

**Firma autógrafa de sor
Juana Inés de la Cruz.**

Ahora, pasaré a contarles algunos datos relativos a la presencia femenina en el toreo mexicano, desde que se tiene razón de ello y hasta nuestros días, tratando de hacer grata esta conferencia.

Entre los primeros datos que dan cuenta de la presencia femenina en el toreo, particularmente en nuestro país, se cuenta con evidencias las cuales se remontan al año 1725, cuando nuestro primer encuentro sucede con Ana María de Guadalupe y Nava Castañeda.

El nombre de Ana María aparece en términos de una escasa información, cuyo solo registro procede de algunos documentos localizados en el Archivo General de la Nación. "Torera" es el oficio con que el que se le registra en el folio citado pero no hay más datos al respecto. De confirmarse su protagonismo en algún tipo de celebración o interviniendo directamente en fiestas de toros, ello permitiría entender que la presencia femenina, aunque de alguna manera estaba limitada por razones de género, cabría aquí como la confirmación de que la Nava y Castañeda se convierta en la primera torera en la Nueva España, por lo menos a partir de estos registros. Para la época a que me refiero, la práctica del toreo estaba detentada por los hombres quienes, más a caballo que a pie desempeñaban las diferentes suertes que se realizaban por entonces. Casada con un albañil debe haber sido en todo caso el tipo de personaje que intentaba colocarse en términos marginales lo cual no le permitía demasiada libertad de movimiento en medio de condiciones rigurosamente fijadas por los estamentos taurinos de entonces. Habría que presupuestar la posibilidad de que Ana María haya intentado poner en práctica algún tipo de suerte que llamara la atención, en función de su sexo, y no tanto a caballo sino bajo otro tipo de expresión. Para esas épocas ya se practicaban algún tipo de mojigangas, y así lo hago saber en la forma siguiente:

Como una constante, el conjunto de manifestaciones festivas, producto de la imaginaria popular, o de la incorporación del teatro a la plaza, comúnmente llamadas "mojigangas" (que en un principio fueron una

forma de protesta social), despertaron intensas con el movimiento de emancipación de 1810. Si bien, desde los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX ya constituían en sí mismas un reflejo de la sociedad y búsqueda por algo que no fuera necesariamente lo cotidiano, se consolidan en el desarrollo del nuevo país, aumentando paulatinamente hasta llegar a formar un abigarrado conjunto de invenciones o recreaciones, que no alcanzaba una tarde para conocerlos. Eran necesarias muchas, como fue el caso durante el siglo pasado, y cada ocasión representaba la oportunidad de ver un programa diferente, variado, enriquecido por "sorprendentes novedades" que de tan extraordinarias, se acercaban a la expresión del circo lo cual desequilibraba en cierta forma el desarrollo de la corrida de toros misma; pues los carteles nos indican, a veces, una balanceada presencia taurina junto al entretenimiento que la empresa, o la compañía en cuestión se comprometían ofrecer.

Aunque la plaza de toros se destinara para el espectáculo taurino, este de pronto, pasaba a un segundo término por la razón de que era tan basto el catálogo de mojigangas y de manifestaciones complementarias al toreo, - lo cual ocurría durante muchas tardes-, lo que para la propia tauromaquia no significaba peligro alguno de verse en cierta media relegada. O para mejor entenderlo, los toros lidiados bajo circunstancias normales se reducían a veces a dos como mínimo, en tanto que el resto de la función corría a cargo de quienes se proponían divertirse al respetable.

Desde el siglo XVIII este síntoma se deja ver, producto del relajamiento social, pero producto también de un estado de cosas que avizora el destino de libertad que comenzaron pretendiendo los novohispanos y consolidaron los nuevos mexicanos con la cuota de un cúmulo de muertes que terminaron, de alguna manera, al consumarse aquel propósito.

Si bien, las mojigangas fueron ya toda una realidad entre los años que aquí se apuntan, ya hay desde el primer tercio del siglo XVIII insinuaciones claras de ese patrón de comportamiento, aunque no tan evidentes como ocurriría más adelante, sobre todo durante el siglo XIX.

En diversas consultas sobre documentos de la época, apenas si sabemos nombre de personajes secundarios, por lo que siendo Ana María de Guadalupe y Nava Castañeda una protagonista en ese tenor, parece que pretender seguir adelante con escasos testimonios, como los que -y cambiando de tercio y hasta de siglo-, he encontrado varias notas periodísticas que refieren a varias precursoras en estos menesteres. Por ejemplo

JUEVES DE EXCELSIOR, del 17 de marzo de 1949, p. 34:

PRECURSORAS DE CONCHITA CINTRÓN.

(...) La historia es larga y copiosa. En 1820, cuando aquel mozo de Puerto Real que en vida se llamó Bernardo Gaviño, toreaba en la plaza de Carlos III de La Habana, tuvo ocasión de alternar varias veces con una torera criolla, María Ávila "Morenita", que en la suerte de frente por detrás -hoy la repetida "gaonera"-, y con las banderillas, era algo de asombro.

En México, en 1810, proclamación de la Independencia, hubo fiestas taurinas, en las que Pilar de la Cruz, mexicana cien por cien, floreó y banderilleó a caballo dos toros de Atenco -iniciación de aquella ganadería- y con un éxito apoteótico.

Y esta mujer era tan brava, que de ella se dice que encontrándose discutiendo, cierto día, condiciones de contrato con un empresario de Puebla llamado Allende, llegó con él a las manos y con tales arrestos que le golpeó e hirió con un palo, dejando maltrechos y en el suelo a dos servidores del indicado Allende que se encontraba en la estancia.

Armando de María y Campos. Los toros en México en el siglo XIX, 1810-1863. Reportazgo retrospectivo de exploración y aventura. México, 1938.

O esta otra publicada en EL UNIVERSAL, D.F., del 30 de mayo de 1852, p. 4:

TOROS. En la plaza principal de San Pablo, para el domingo 30 de mayo de 1852.



Cabecera de un cartel decimonónico.

Si la numerosa concurrencia que tuvo a bien asistir a esta plaza el pasado domingo, quedó enteramente complacida al ver la arrogancia y valentía de los toros que se jugaron, no quedará menos gustosa con los Siete toros bravos que están escogidos para que sirvan en la presente corrida. Intermedio extraordinario. Lo raro de este intermedio consiste en que una mujer nombrada Refugio Macías, se presentará en el circo montada en un hermoso corcel con garrocha en ristre, para picar a un toro de los valientes de la lid, cuyo lance tiene acreditado esta Lidiadora mexicana por Tierradentro, en las plazas de Querétaro, San Luis Potosí, etc., según los informes que ha tomado la empresa; y si la fortuna favorece su valor, como ya le ha sucedido otras veces, ofrece, sin apearse, clavar algunas banderillas al mismo toro.

Con el objeto de aumentar la distracción de esta tarde, se presentará Antonio Pérez de Prian, Hércules Mexicano, a ejecutar varias suertes

de equilibrios y fuerzas hercúleas, que desde luego increcerán la aprobación de sus compatriotas.

Los otros intermedios se cubrirán con dos toros para el Coleadero, finalizando la función con el toro embolado de costumbre.

(...)NOTAS.-La entrada a la media sombra se hará por la puerta que mira al paseo de la Viga.

Dará principio a las cuatro y media, si el tiempo lo permite.

Una más en este repertorio es Guadalupe Luna, mejor conocida como Lupe la torera, quien no sólo tenía que enfrentarse a las embestidas de toros bravos, sino a la de ciertos personajes con quien se involucró por "pecados de la carne". Gozaba de fama, se movía con un desparpajo que dejaba intranquilo al mismísimo Antonio López de Santa Anna, y que, en cierto momento, como apunta José de Jesús Núñez y Domínguez, era la barragana de Bernardo Gaviño. Y hete aquí que en cierta ocasión, Lupe

lo hizo despojarse -a su Alteza Serenísima- de su brillante casaca, constelada de cruces y condecoraciones, de su albo chaleco de áureos botones y de su sombrero montado. Y así lo introdujo a la próxima alcoba, suplicándole que permaneciera allí en tanto que ella se ocupaba en cualquier menester; pero la pizpireta muchacha inmediatamente que desapareció el General se puso el chaleco, se encasquetó el sombrero de plumas tricolores, se enfundó en la levita llena de fulgurantes entorchados y empuñando el bastón que remataba un topacio, que usaba el dictador, abrió la puerta, se escapó de la casa y se fué a vagar por las principales calles de la ciudad de México.

Y como a todo el que le preguntaba le decía la procedencia de aquellas fastuosas prendas, no hay para qué expresar el asombro, la sensación y las risas que provocó aquella salida de la popular hetera.

Cuando llegó a oídos del dictador la burla de que era objeto, fué acometido de un ataque agudo de rabia y los edecanes procedieron inmediatamente a aprehender a la despreocupada "margarita".

La conseja no cuenta qué castigo se impuso a "La Torera", pero es fama que desde ese día no se la volvió a ver por ninguna parte.

A propósito, Lupe fue hija del famoso torero Luna, aquel insurgente que fue terror de los españoles en Michoacán, en los primeros días del México independiente. Y amante o no de Santa Anna, amante o no de Gaviño, que también era un mujeriego incorregible, no dudamos que "Lupe, la torera" anduviera "colocada" en alguna cuadrilla mixta, común entonces, o como una "torera" más. Durante el siglo XIX destacan: Victoriana Sánchez, Dolores Baños, Soledad Gómez, Pilar Cruz, Refugio Macías, Ángeles Amaya, Mariana Gil, María Guadalupe Padilla, Carolina Perea, Antonia Trejo, Victoriana Gil, Ignacia Ruiz "La Barragana", Antonia Gutiérrez, María Aguirre "La Charrita Mexicana" y desde luego, la española

Ignacia Fernández "La Guerrita", a lo largo de la segunda mitad del siglo antepasado. De estas dos últimas me ocuparé en detalle más adelante.

"Lupe, la torera" probablemente se escapó de esta nómina femenina más por andar en escándalos públicos con personajes de alta jerarquía que por el gusto de seguir en las lides taurómacas.

Gaviño, hombre dado a la alternancia, o mejor dicho, a manejarse con un criterio incluyente, no dudó en agregar en su "troupe" la presencia de dos féminas que, o le causaron una muy buena impresión, o estaban causando algo destacado, como para ganarse ese privilegio. Lamentablemente no pudieron prosperar sus aspiraciones, puesto que el resultado no pudo ser más evidente, e incluso debieron haber tenido que poner tierra de por medio para evitar más escándalos. Y todo esto ocurrió el 1º de enero de 1865, cuando "una mujer orizabeña" y "otra mujer peruana", aparecieron integradas a la cuadrilla de Bernardo Gaviño, una como picadora, la otra como banderillera. Fue tal el éxito que repitieron el



domingo 12 de febrero siguiente. Después, se perdieron del panorama.

Las mujeres en la vida de Bernardo Gaviño, como en la de cualquier gran torero de fama, pero más aún, las mujeres con virtudes de valor, dispuestas a salirle al toro, fueron asunto que se dio con cierta frecuencia en su trayectoria como "capitán de gladiadores" o "jefe de cuadrilla", dispuesto no solo a montar un espectáculo clásico, sino el que fuera capaz de romper con las ortodoxias más cerradas. Y así como estuvieron estas damas en su cuadrilla, también se incluyeron "locos" en ambas funciones, fenómeno que iba siendo cada vez más frecuente y que puede comprobarse tanto en la cartelería como en las fuentes hemerográficas que existen para el caso.

-¡Qué porte! ¡Qué estampa! ¿Acaso será "Lupe la Torera"? Fuente: Patricia Masse Zendejas: *Simulacro y elegancia en tarjetas de visita. Fotografías de Cruces y Campa. México, INAH, 1998. 136 pp. Ils., retrs., fots (Alquimia) (Pág. 66: Mujer no identificada).*

Detrás de este retrato, que es uno de los cientos, quizá miles que recogen los registros penitenciarios de la segunda mitad del siglo XIX mexicano, se encuentra la afortunada mujer que un día probó la gloria de manera efímera y hasta compartió las palmas con el más importante torero que desarrolló fuerte hegemonía por cincuenta años. Me refiero a Bernardo Gaviño, quien vistió el traje de luces la friolera de 721 ocasiones.

Es una lástima que quien un buen día alcanzó el reconocimiento popular, otro lo cambiara por el desprecio que la sociedad tuvo al encontrarla culpable de robo. Se trata de una simple y desgraciada delincuente que



PLAZA DE TOROS DEL PASEO NUEVO, D.F. Domingo 19 de febrero de 1865. Dos arrogantes toros de Atenco por la cuadrilla de Bernardo Gaviño y mojigangas como la travesura campestre de tres toros para el coleadero, entre otros entretenimientos.

El programa dice:

"1º.-Dos arrogantes toros de Atenco por la cuadrilla de Bernardo Gaviño.

"2º.-La lid de un becerro por la compañía de mujeres, el que después de picado, banderillearán a caballo "La Limeña", en competencia con Ignacia Ruiz "La Barragana".

"3º.-El segundo becerro, después de picado, será banderilleado por Victoriana Gil, parada en una silla. Enseguida se lanzará el becerro y será jineteado por la ranchera Antonia Gutiérrez.

"4º.-Se procederá a la gran travesura campestre de tres toros para el coleadero.

"5º.-Lidia del tercer toro de muerte por la Cía. de Gaviño.

"6º.- y último.-Toro embolado".

tiene que dejarse retratar, cubrir con el rebozo la poca o mucha vergüenza que podía mostrar ese rostro moreno, de rasgos indígenas y cuyo nombre y remoquete juntos, recuerdan el de alguna célebre suripanta o "margarita" decimonónica dedicadas a las muchas y variadas formas de ejercer el efecto del amor..., aunque fuera comprado.

Identifíquese. Y aquí la escuchamos:

Me llamo Ignacia Ruiz, me dicen "La Barragana".

Estoy aquí por robo. Apenas unos pocos años atrás probé fortuna en los toros, aunque sin demasiada suerte, pero la vida me ha llevado por senderos sinuosos que no siempre resultan ser los mejores. Desgraciada de mí que hoy enfrento la sentencia de usted, señor ministro, a quien pido clemencia, la necesaria para no padecer más penurias.

El Juez parece decirnos: Ese rostro aparenta inocencia pero también un dolor que tuvo que tragarse la -ahora sí- inmovible mujer que cometió el delito de que se le acusa.

Desconozco el móvil de su detención, pero el hecho es que demuestra que eso de los toros no se le dio a Ignacia Ruiz como sí ocurrió con Lupe "La Torera". Ahora bien, la pregunta que sigue aquí es en relación a su alias: "La barragana". ¿"Barragana" de quién?

La fotografía del último tercio del siglo XIX tuvo entre otras funciones, la de un registro sobre aquellos personajes de la sociedad cuyo destino de pronto se enfrentaba a situaciones ingratas, tales como el robo, el asesinato, la prostitución. En el caso de Ignacia Ruiz quedó la "mancha" de haber sido acusada de robo, aunque hasta el momento no ha sido posible confirmar si por el seudónimo quedó también bajo sospecha de prostitución.

Ya en otros asuntos, miren ustedes lo que opinaba El Correo del comercio allá por marzo de 1871, enterada la redacción de la presencia de unas "toreras": *"En Puebla han estado trabajando en las corridas de toros, dos lidiadoras, tapatía por más señas una de ellas. Esta parece que solo tiene de mujer el cuerpo, pues monta a horcajadas, pica, banderilla y mata como si no supiera hacer otra cosa. Desgraciadamente, el domingo antepasado el toro la equivocó con algún barbudo y tuvo la poca galantería de darle una cornada en una pierna. El público decidió que después de muerto el bicho, se obsequiara con él a la intrépida lidiadora. Pues ya nos verán: a este paso, la vida es un soplo"*.

María Aguirre e Ignacia Fernández que destacan al finalizar el XIX, junto con la española Margarita Fernández, quien ostentaba el alias de La Dorada a fuego, fungiendo como picadora; de ella se apuntaba en la prensa: *"Esa Dorada a fuego debe ser un dije" sin faltar desde luego la "lid de los toros de muerte"*.

María Aguirre (1865-1963) decidió seguir una línea poco común en cuanto a la presencia que la mujer tuvo en México a finales del siglo XIX, asumiendo y haciendo suyo por tanto un papel protagónico donde la podemos ver participando activamente en quehaceres al parecer solo privativos del sexo masculino en eso de montar a caballo y realizar suertes arriesgadas.

Había estupendas actrices, cantantes, autoras, pero una que se distinguiera manejando las riendas, sentada al estilo de las Amazonas, y colocando un par de banderillas a dos manos, de la misma manera que Ponciano Díaz, como lo muestra el impecable grabado de José Guadalupe Posada, por lo que la "Charrita" francamente era un "garbanzo de a libra". De ahí que la María Aguirre escalara rápidamente hacia una cima, en la que, si no se mantuvo por mucho tiempo, lo hizo en cambio con bastante consistencia.

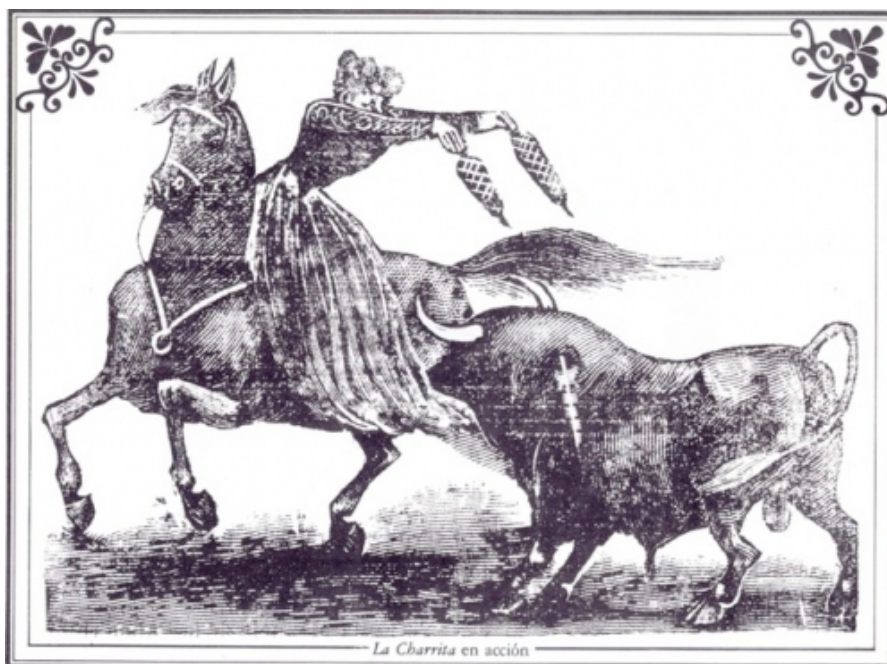


María Aguirre "La Charrita Mexicana" en plena madurez. Fuente: La Lidia. Revista gráfica taurina. México, D.F., 26 de febrero de 1943, Año I., Nº 14.

Esposa en primeras nupcias con Timoteo Rodríguez.[1] El "acreditado artista" Timoteo Rodríguez era un consumado gimnasta, que para eso de los "trapecios leotard, el bolteo en zancos o los grupos piramidales" en que participaba no tenía igual, pues era de los que arrancaban las palmas en circos como el de la INDEPENDENCIA, ubicado en la calle de la Cruz Verde Nº 2. Precisamente, el admirable vuelo conocido con el célebre nombre LEOTARD, fue la última invención de este, suerte ejecutada por un solo individuo en dos trapecios, lo cual *"causa admiración y sobresalto ver al artista salvar tan largas distancias cual lo puede hacer solo un ave"*. A la muerte de este, ocurrida luego de padecer una cornada el 10 de marzo de 1895 y en la plaza de Durango, festejo a beneficio de su esposa, cornada que le causó un toro de Guatimapé. Por alguna razón, que llamaría descuido, se declaró la gangrena con tal rapidez que 4 días después falleció el que fue acróbata y torero al mismo tiempo. Curada la herida de la primera viudez, María casó una vez más, ahora con el cubano José Marrero, quien ostentaba el remoque de "Cheché". Este era otro torero de la legua, por lo que pronto se entendieron. Ambos continuaron sus andanzas, sobre todo al norte del país, sin dejar de hacerlo también en más de alguna plaza del centro del país.

La vigorosa ejecución de tan arriesgada suerte, el buril firme y seguro de Posada hacen que el resultado de la colocación de ese par a dos manos desde el caballo, siga levantando carretadas de ovaciones, a más de un siglo de haber ocurrido. Cuarenta años después, una guapa peruana recuperó –con otro estilo– la presencia femenina en los ruedos. Me refiero a "Conchita" Cintrón, de la cual se guardan gratos recuerdos.

Sin embargo, la presencia de "La Charrita Mexicana" y "La Guerrita" apodos de María Aguirre e Ignacia Fernández respectivamente, es de una importancia capital sin precedentes, pues ambas toread en diversas partes del país, cumpliendo bastante bien para los estándares de aceptación que tenía la mujer en esos momentos. Precisamente, y con motivo de un posible viaje por parte de María Aguirre a España, el Suplemento a El Enano, Madrid, del 18 de julio de 1895, p. 4, expresaba lo siguiente:



José Guadalupe Posada. Un par de banderillas a caballo colocado por "La Charrita mexicana". Grabado en relieve de plomo. Fuente: Carlos Haces y Marco Antonio Pulido. LOS TOROS de JOSÉ GUADALUPE POSADA. México, SEP-CULTURA, Ediciones del Ermitaño, 1985.

De El Arte de la Lidia, de México:

"Es un hecho que en este año, emprenderá viaje a España con el objeto de trabajar en las principales plazas de la Península, la popular y aplaudida Charrita mexicana, María Aguirre de Marrero.

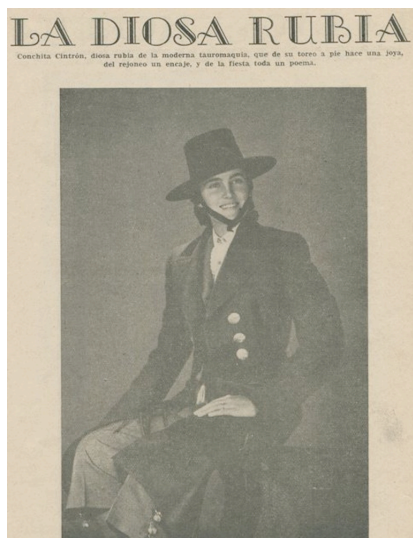
En su viaje le acompañará su esposo el valiente matador de toros José Marrero "Cheché", quien piensa tomar la alternativa en Madrid para después regresar al país".

*Ya verá la Charrita
y ya verá Cheché
que aquí los cornúpetos
no son de Guanamé.*

Avanzado el siglo XX, una de las primeras mujeres que destacan es María Cobián "La Serranita", a la que poco tiempo después acompañaría desde el caballo Conchita Cintrón y con los años se sumaría también Juanita Aparicio, surgida de la comunidad de charros y que se amalgamó perfectamente en el toreo de a pie, vistiendo además con la propiedad establecida en dicho entorno.

Con esa nueva expresión también llegó la mujer vistiendo el traje de luces (ya lo había hecho Juanita Cruz allá por los años 30 del siglo pasado) y cumpliendo con todas las formalidades establecidas por un espectáculo en el que "el torero" ha sido protagonista esencial. Juana Fernández "La Guerrita" en fugaz visita por nuestro país alternó con el torero de Atenco en un mano a mano, y se le puede admirar en algunas fotografías obtenidas por C. B. Waite o W. Scott en lo que probablemente sea la plaza de Tenango del Valle, o quizá la de Santiago Tianguistenco, allá por 1897.

La presencia de la mujer en el toreo como expresión estética o artística ha tenido, de siempre un papel importante. Ya vimos que es tan valiente como cualquier torero que se compromete con la vida y con la muerte, en los instantes del mayor peligro frente al toro. Pero también su imagen ha sido motivo para ser retratada en los cientos, quizás miles de carteles que nos recuerdan más de alguna tarde torera. En nuestro país, hubo a principios de siglo una "tiple" de fama, llamada María Conesa que, si no dedicó su actividad propiamente al espectáculo taurino, estuvo muy cerca



Los TOREROS, las ganaderías bravas y el reglamento de las corridas de toros" (Edición coordinada por **El Torilero**). México, s.l.e., 1941. 80 p., p. 35.

y hasta tuvo la oportunidad de retratarse junto a un célebre toro, llamado BONITO de Arribas, Hnos. Corrían los primeros días del mes de febrero de 1908, en los corrales de la plaza el Toreo dela Condesa, el también famoso torilero Miguel Bello se encargaba de cuidar, acariciar a ese estupendo, bien presentado y bello animal que, por su sola presencia causaba admiración. Acudió la diva quien no quiso desperdiciar el momento, conservándose hasta dos fotografías que hoy son una auténtica curiosidad.

Juanita Cruz, María Cobián "La Serranita" y también Conchita Cintrón fueron "ídolos" en su momento. De Conchita Cintrón, no podemos olvidar sus creaciones literarias: ¿Por qué vuelven los toreros? y Aprendiendo a vivir, en las que encontramos, por encima de todo, el carácter humano, de sufrimiento y de gozo también, que tienen todos aquellos que pueden enfrentar en vida, la muerte de un lance torero.

María Luisa Garza escribió en 1922 el libro titulado *Los amores de Gaona*. San Antonio, Texas, E.U.A.[2] Curiosamente quedó firmado con el seudónimo de LORELEY.

Independientemente de lo que cualquier torero puede despertar en cuestiones sentimentales y amorosas (Gaona tuvo consigo una aureola especial, cargada, lo mismo de su relación con la Moragas, tiempo después del escándalo con la Noecker), fue el mismo "indio grande" quien se encargó de aclarar que "los únicos amores intensos, verdaderos, son los de mi madre y de mi hijo; estos son los que realmente constituyen la razón de la vida y la felicidad de la mía". Bajo esa realidad, María Luisa Garza deja esta novela como evidencia del carácter abierto en el que una escritora puede ingresar al género literario-taurino, que, como se ve, ya no se encuentra limitado a la creación femenina.

No debemos olvidar aquí a Josefina Vicens, autora del LIBRO VACÍO [3] quien por los años cuarenta firmaba colaboraciones en *Sol y Sombra* y

Torerías como PEPE FAROLES. Ocupó la dirección general de *TORERIAS*, revista que se codeaba con publicaciones como *La Lidia* o *El Redondel*.

Torerías contaba con un contenido que abarcaba casi en su totalidad las noticias taurinas, complementadas por las de espectáculos y variedades. Sin embargo, Josefina Vicens no mostró ambición en cubrir secciones importantes. Reducía su actividad a notas cortas donde establecía su opinión sobre los hechos del momento y sus protagonistas. Además, de vez en vez publicada algún interviú acompañado del reportaje gráfico donde el fotógrafo buscaba no excluirla, haciéndola aparecer junto a sus entrevistados.

Aficionada a los toros, supo luchar en momentos de difícil apertura a favor de la mujer y tan lo logró, que se hizo cargo de la publicación ya mencionada. En aquel entonces sobresalían junto a ella Esperanza Arellano "Verónica" y Carmen Torreblanca Sánchez Cervantes.

PEPE FAROLES es el seudónimo que ocultaba a Josefina Vicens, futura creadora que logró alcanzar alturas insospechadas. ¿Por qué emplear ese sobrenombre como lo hizo en su momento sor Juana, al tener que asumir a la sociedad masculina y así ingresar ala Universidad?

De Josefina Vicens debemos recordar El libro vacío (1958) como su obra mayor. Los años falsos (1982) completa el trabajo novelístico. "Petrita" un cuento y los guiones cinematográficos "Los perros de Dios", así como "Renuncia por motivo de salud" la colocan en un sitio exclusivo entre los grandes creadores del siglo XX en México.

Carmen Madrazo Solórzano es una autora admirable que en sus libros: Cornadas al viento, La última tarde, pero sobre todo en El rey del temple encontramos el sello nostálgico que no puede faltar en las páginas de su creación llena de anécdotas, pasajes familiares, de todo un mundo que giró en torno a ella, para pintarnos una época hermosa de la que no reniega. Antes al contrario, la exalta y la recrea para trascenderla a nuestros días, sin pizca de dolorosos y amargos sinsabores, error que no



CULTURA -noviembre de 2011-, dedica un importante espacio a la autora.

cabe en sus excelentes trabajos.

Esperancita Arellano, mejor conocida como "Verónica" fue otra gran escritora taurina, que publicó excelentes colaboraciones en el Universal Taurino y Toros y Deportes. De visión muy crítica, se convirtió en una autoridad en la materia, estando sus escritos a la altura de cualquier otro colaborador, en una época que exigía calidad, y donde el estilo depurado de escribir abundaba, lo que permitió a la afición un aprendizaje, por añadidura.

En nuestros días la labor de Rosita Rivera (ya fallecida) dejó huella en las páginas de OVACIONES, puesto que sus perfiles biográficos o técnicos aparecidos cada miércoles, los esperábamos con ansia para conocer, entre la anécdota y el recuerdo también, lo que fueron y significaron toreros de otras épocas.

Asimismo, una de las mujeres más activas en estas lides, es, evidentemente, Ana Mari Miñón, hija del recordado periodista José Miñón "Toriles", la cual sigue la misma escuela de su señor padre, y domingo a domingo, en sus transmisiones por radio, nos deja sin habla por el valor que a veces les falta a otros y a ella, de manera franca, le sobra. Crítica en sus apreciaciones, no deja a veces, títere sin cabeza, pero no por un sistemático procedimiento de hostigamiento o fastidio. Antes al contrario, busca con cada observación despertar el interés y la crítica razonada para valorar mejor un espectáculo que pretende digno, gallardo, hermoso.

Shanik Berman y Más cornadas da el hombre representan el vivo y sabroso "cachondeo", la insinuación alburera, pero fina que puede darse al darle una interpretación al toreo. Ella es una mujer arriesgada, rebelde, desinhibida, pero inmediata a la explicación de lo que significa para el pueblo una tradición que no solo es rigor, seriedad y hasta solemnidad. Encontramos en sus actitudes mucha heterodoxia que todavía no asimilan los "tradicionalistas" que podrían tacharla de hereje. Sin embargo, su belleza y su cuerpo nos invitan a convertirnos de pronto en bravo toro dispuesto a embestir en el terso capote de su mirada, y en la muleta de sus ojos. Y ya no digo más al respecto de la estocada...

También hay autoras recientes como Lucía Rivadeneyra o Elia Domenzain, quienes vienen haciendo una labor como poetas y han publicado sendos libros al respecto, con obra que vale mucho la pena.

En la actualidad se encuentra trabajando por y para el espectáculo una nueva generación de mujeres que, con grandes esfuerzos, buscan dignificar al espectáculo, enriquecerlo también si la tarea es intelectual. De ese modo vemos muy activas lo mismo a Marisol Frago, que a Cynthia Fernández, o a Karina Chapa y Paulina Romero Barrientos, periodistas o Carmen Parra, pintora.

No acabo todavía de imaginar que los toros, con todo el significado masculino que ostenta y alterado por valores machistas y hasta misóginos deje lugar para la mujer inteligente, misma que se ha ido incorporando con fuerza en un espectáculo que ya da cabida a sus capacidades que pueden compararse a la de todos aquellos participantes en el quehacer artístico y literario, cuyo bagaje tan amplio es capaz de comprenderlo todo. Y en ese todo, la mujer se inscribe segura para proporcionar lo mejor de su expresión. Ya no sólo es la belleza, es también su inteligencia.



Elia Domenzain, junto a su libro: Y ahora soy vo la torera.

La noche del viernes 10 de octubre de 2003, se constituyó como una efeméride de las que se consideran como “joyas”. Era la octava de una irregular temporada de novilladas. Pues bien y con las distancias de rigor, el hecho merece una apreciación aparte. Desde 1995, y luego en 2001 y 2002 no figuraban los nombres de mujeres toreras como en su momento fue el caso de Raquel Sánchez, Mari Paz Vega y la entonces becerrista Hilda Tenorio. Sin embargo, las coincidencias en actuaciones les permite aparecer reunidas –por primera vez-, en el coso máximo del país: la plaza “México”.

Esa noche, lógicamente el cartel causó expectación, traducida en la mejor entrada de un serial del que aún no han salido más que algunas estrellas fugaces.

Y es así, como en esa forma se han venido posicionando en mejores sitios todas aquellas mujeres que han decidido la profesión del toreo como forma de destino, y proyecto de vida. Puedo afirmar que somos una generación afortunada, misma que ha podido comprobar las proezas de mujeres como Marbella Romero, Hilda Tenorio, la rejoneadora Karla Sánchez, otra Karla más, novillera cuyo nombre tiene empaque: Karla de los Ángeles, Lupita López y Vannesa Montoya, quienes protagonizaron un mano a mano el 27 de septiembre de 2009 en la plaza “México”. Y Rocío Morelli, Lulú de la Vega, Melina Parra, Paola San Román y hasta la sorprendente presencia de una mujer forcado. Se trata de María Teresa Estrada Munguía, oriunda de Mazatlán, lugar en donde se formó uno de los grupos de forcados más representativos en el país. Y porque no aprovechar para recordarles que mañana se celebrará el festejo integrado

por mujeres toreras, con el concurso de: Melina Parra, Paola San Román, Lupita López y Lulú de la Vega, quienes se enfrentarán a novillos de la Herradura.

Finalmente, estamos en 2010 y todavía se mantiene una resistencia en que la mujer es motivo de cuestionamientos en cuanto a su participación absoluta en el todo de la realidad. Qué difícil ha sido para el "género" femenino ser aceptado, en los diversos patrones del ritmo laboral, académico, artístico, literario o, en este caso, taurino. Afortunadamente son ellas mismas las que nos demuestran a quienes en muchas ocasiones nos comportamos como verdaderos crogmánones y neanderthales, el significado de su presencia en la vida, y no es otro que el que cumple con las mismas responsabilidades y funciones del hombre. Que la separación en cuanto sexos se convierta en el motivo principal de esa "disputa" milenaria, ojalá sea una disputa que pronto podamos dejar atrás, pero sobre todo para que alcancemos a conocer el triunfo de la razón.



**Joaquín Rodríguez "Cagancho"
rendido ante María Félix.**

[1] María actuaba como amazona en el circo "Toribio Rea", donde conoció a Timoteo Rodríguez, casándose con él hacia 1885. Montaba de amazona y ponía los dos palos a la vez, con una mano, a la media vuelta.

[2] María Luisa Garza (LORELEY, seud.): LOS AMORES DE GAONA. San No debemos olvidar aquí a Josefina Vicens, autora del LIBRO VACÍO,[1] quien por los años cuarenta firmaba colaboraciones en Sol y Sombra y Torerías como PEPE FAROLES. Ocupó la dirección general de TORERIAS, revista que se codeaba con publicaciones como La Lidia o El Redondel.

[3] Josefina Vicens: El libro vacío. México, Ediciones Transición, S.A., 1978.